

añadía reconocerse relapsa, y confesaba haber tenido comercio con los demonios.

Juana no supo lo que había firmado la segunda vez; pero al ver á Pedro de Cauchón ponerse en pie, al oír leer la sentencia por la cual se la condenaba á pasar el resto de su vida en la cárcel, reducida *al pan de dolor y al agua de angustias*, vió de qué modo la habían vendido, y cayó sin sentido en los brazos de sus guardias.

—¡Pero de eso á una sentencia de muerte va mucha diferencia, messire!—exclamó la reina con alegría.—Aun hay esperanza.

—Ninguna, señora—respondió melancólicamente el caballero.—Cuanto llevo dicho lo he presenciado yo: hace dos días que he llegado de Roán; pero antes de salir de aquella ciudad he oído á Cauchón arengar al pueblo desde el balcón de su palacio, terminando su discurso con estas palabras: «¡Ingleses! ¡Estamos á 26 de Mayo! ¡Yo os prometo que el día 30 asistiréis al suplicio de Juana d'Arc!

Pero ¿creéis que podrá cumplir tan inicua promesa?—preguntó la reina con angustia.

—Messire de Cauchón cumple cuanto promete, como lo que prometa sea malo—dijo sire de la Rivière, meciendo tristemente la cabeza.

—¿Oís, señor?—exclamó María dirigiéndose á su esposo.

—¿Qué he de oír?—preguntó Carlos VII, volviéndose muy irritado.

—Que esa mujer, que os ha dado el trono, perece mañana á manos de los ingleses; que nada hacéis para salvarla; que sois tan ingrato como cruel...

—¡Eh! ¡Basta ya!—interrumpió Carlos VII, con el gesto imperioso que había heredado de su madre, y que hubiera sido sublime en un rostro menos marchito y degradado que el suyo.—¡Basta, señora! ¡No vale esa villana lo que hemos hablado ya de ella; pero, supuesto que os interesa, idos á vuestra cámara á rezar por el descanso de su alma!

Las lágrimas de María se secaron como por encanto á impulsos de un sentimiento de su orgullo herido; alzó una cortina y desapareció sin saludar al rey.

—Messire—dijo éste á la Rivière—mandad disponer mi caballo y mi servidumbre para ir al castillo de Penthièvre; la marquesa me espera á comer.

—¡Ah, pobre Juana!—murmuró el caballero.—¡Sólo Dios te puede prestar su ayuda! Pero su bondad es tan grande, que, para cuando todo nos abandona en la tierra, nos guarda su amor, fuente de todo consuelo!

## XIX.

Era el día 30 de Mayo de 1430.

Las diez de la mañana daban en todos los relo-

jes de las iglesias de Reims, corte entonces y residencia de Carlos VII desde su coronación, llevada á cabo por Juana d'Arc algunos meses antes.

El palacio real estaba cerrado y silencioso como un sepulcro.

Carlos VII se hallaba con la marquesa de Penthièvre, y la reina se había encerrado en su oratorio desde muy temprano para rogar por el alma de la heroína de la Francia, de aquella á quien debió su título de reina y la corona que ceñía sus sienas.

Muy distinto aspecto presentaba la ciudad de Roán, que aun pertenecía á los ingleses.

Sus calles, llenas de gentes que se agitaban en tumultuosas ondas, estaban cruzadas sin cesar por patrullas de soldados que mantenían á duras penas el orden.

Los balcones estaban tapizados y adornados de flores como para una fiesta; y en la plaza del mercado antiguo se alzaban dos tablados cubiertos de luto y rodeados de guardias.

En el uno, y sentados bajo un dosel, estaban el cardenal de Winchéster-Luxemburgo, canceller de Francia y obispo de Turena, el obispo de Beauvais, Nicolás Midy, y los demás jueces.

En el otro se veía una hoguera dispuesta, y junto á ella el verdugo y sus ayudantes preparados para encenderla.

Esperaban á Juana d'Arc, condenada al último

suplicio, según promesa al pueblo de Pedro de Cauchón.

¿Cómo, después de haberla sentenciado á pasar el resto de su vida en una prisión, se la destinaba ahora á la pena de muerte?

Esto es lo que sabrá el lector llegando conmigo á la puerta de la cárcel, cerrada aún, pero junto á la cual tenía lugar una escena de luto y desolación.

Dos jóvenes del pueblo, envueltos en largos capotones de lana basta y cuyas facciones velaban sombreros de anchas alas, hablaban con calor, pero en voz baja, á algunos soldados de la guardia exterior.

Por sus ademanes, llenos de fuego, por el color azulado de su barba recién afeitada y por su aire marcial y atrevido, hubiera conocido el observador menos perspicaz que aquellos hombres no eran lo que querían aparecer, y que, más bien que pacíficos labradores, eran soldados, y soldados aguerridos ocultos bajo un disfraz.

A pocos pasos de distancia, otro hombre, anciano, acompañado de una mujer de menos edad y que temblaba á intervalos convulsivamente, miraba con ansia indescriptible la escena de que he hablado.

Apoyábase la pobre mujer en el brazo de su compañero, como si el dolor que se pintaba en su semblante le agobiase hasta el extremo de no permitirle sostenerse por sí misma: miraba de vez en

cuando á los jóvenes que altercaban con los guardias, y á cada movimiento negativo de estos últimos, un torrente de lágrimas invadía sus ojos y brotaba después regando sus mejillas socavadas por el dolor.

—Señores—decía el que parecía de más edad de los dos jóvenes; sólo pedimos verla un instante, darle un abrazo y nos salimos al momento.

—Es imposible, joven—respondió un soldado de cabellos grises, que era justamente el que había dado á Juana su pañuelo cuando cayó herida: es imposible que entréis: nosotros respondemos de esta puerta; pero aun cuando se os franquease, más adentro hay otras que no os darían paso.

—¡Oh, señor!—exclamó el más joven, cruzando las manos con una expresión de ruego que conmovía en su austera figura.—¡Oh, señor! ¡Si pasamos ésta, rogaremos tanto en cada una de las otras que se nos abrirán también!

—¡Pobre muchacho!—exclamó otro soldado joven, acercándose llevado de esa simpatía, lazo hermoso que une á la juventud.—¡Pobre muchacho! ¿Sois acaso su novio? Porque dicen que esa terrible guerrera ha sido antes una linda pastorcilla.

—¿Esa terrible guerrera?—repuso otro de los guardias. —Hay quien dice, maese Oliverio, que jamás ha matado un enemigo por su mano.

—Es verdad—añadió un tercero—yo la he visto muchas veces defenderse; pero nada más.

—Y aun eso, señores—dijo uno de los dos que suplicaban para entrar—y aun eso lo hacía cuando sus éxtasis, sus visiones la sacaban de su natural cándido y apacible. ¡Ah, si hubiera querido creernos!...

El mancebo, después de esta exclamación que le arrancó su intenso y angustioso dolor, ocultó su moreno semblante entre sus manos.

Fué tan desconsolador este movimiento, que la pobre mujer que se apoyaba en el anciano conoció que se había perdido toda esperanza, y lanzó un gemido tan doloroso, tan desgarrador, que hizo volver la cabeza á todos los circunstantes.

—¡Ah, madre mía, pobre madre mía!—exclamó el más joven de los dos disfrazados, volviéndose hacia el triste grupo que formaban el anciano y su compañera.

Esta se había dejado caer casi sin sentido en los brazos que la sostenían.

—Vamos claros, jóvenes—dijo el soldado de los cabellos grises:—vosotros no sois lo que parecéis: si no sois meramente unos curiosos, habladme con franqueza y procuraré hacer algo en vuestro favor.

—Pues bien, señor—dijo el otro, arrastrado por la esperanza—nosotros somos los dos hermanos de Juana d'Arc: nuestros padres están allí—continuó, señalando á la triste pareja—y unos y otros hemos venido con la esperanza de poder darle el último adiós: ¿es esto pedir mucho cuando la vamos á

perder para siempre, á ella, que era nuestra alegría?

— ¡No, en verdad! — contestó el veterano enjugándose una lágrima; — ¡no, pobres jóvenes! mas... ¡esperad!... ¿No erais soldados del rey de Francia? He oído decir que peleabais siempre al lado de vuestra hermana, aunque para su desgracia la hallamos sola y abandonada á las puertas de Compiègne: ¿por qué os separasteis de su lado? Sólo al completo abandono en que quedó, debimos el hacerla prisionera.

— Ay, señor! — exclamó Gaspar, que era el más joven de los dos hermanos; — Juana misma nos dijo que penetráramos en la ciudad para conducir á las tropas que llegaban en nuestro auxilio, y evitar la confusión; pero los infames que combatían con ella nos siguieron y cerraron las puertas llevados de su terror, sin esperar á que pasase también nuestra pobre hermana!... Cuando vimos que no se hallaba entre ellos, salimos al instante... pero ya había caído en vuestro poder...

— Llamad al señor de Vendoma, Oliverio — dijo el veterano; — algo hay que hacer por estas pobres gentes; — pero ahora que me acuerdo, ¿cómo os halláis aquí siendo soldados de Carlos VII?

— Carlos VII quiso hace tiempo hacernos nobles y caballeros y trocar nuestro honrado apellido por otro más ilustre; pero nosotros rehusamos uno y otro; y cuando vimos que dejaba seguir su curso

al proceso de Juana, fuimos á su presencia, y rompimos nuestras espadas á sus pies.

— ¿Y á quién vais á servir ahora? ¿Por qué no os venís con nosotros?

— ¡Servir á la nación infame que ha sentenciado á Juana, comprando su vida por diez mil francos! — exclamó Nicolás; — ¡nunca!

— Y para huir de la Francia, que la ha vendido, nos iremos á servir á la Alemania — añadió Gaspar.

La llegada de Leonelo de Vendoma, cortó aquí el coloquio de los dos hermanos de Juana con los soldados.

Al ver al capitán, al contemplar su dulce y sentimental fisonomía, Santiago é Isabel se aproximaron también con el objeto de unir sus ruegos á los de sus hijos.

— ¿Qué me quieres, mi bravo veterano? — preguntó el señor de Vendoma al viejo y compasivo soldado.

— Messire — contestó éste — ved aquí á los hermanos y á los padres de Juana d'Arc, que piden darle el último abrazo. ¿Quién podrá negarse á su deseo?

La hermosa frente de Leonelo se cubrió de una nube de dolor; luego tendió sus manos al anciano Santiago y á su hijo Nicolás, y dijo con voz alterada:

— Perdonadme, buenas gentes, al negaros esta

gracia: sufro yo mucho más que vosotros; pero no está en mis atribuciones el concedérosela.

Un gemido de Isabel cortó la palabra al capitán; la pobre madre iba á echarse á los pies de Leonelo, pero éste hizo un ademán tan digno y severo, que Isabel se contuvo y alzó los ojos al cielo, comprendiendo que en la tierra no había ya esperanza para ella.

—Señora —continuó Leonelo, quitándose su ferrado casco y hablando descubierto á aquellas gentes, que eran unos pobres villanos, pero que estaban ennoblecidos por la desgracia, eterna reguladora de las jerarquías humanas. — Señora, mi corazón se angustia al quitaros vuestra última esperanza; pero á fin de que veáis que no está en mi mano el concederos lo que pedís, os diré que no han otorgado á vuestra hija ni siquiera un sacerdote que la consuele. Sin embargo —añadió con amargura— quizá culpo sin motivo á sus jueces, porque aun no está condenada á muerte.

— ¡Ah, señor! ¿Qué decís? — exclamó Isabel. — ¿Luégo aun hay esperanza?

Leonelo meció tristemente la cabeza.

— No sé lo que se fragua aquí dentro — dijo señalando la sombría puerta que había vuelto á cerrarse después de haberle dado paso; — no sé lo que habrán hecho ya: sólo os aseguro que el espíritu de Juana d'Arc volará, antes de que el sol desaparezca, hacia el seno de Dios.

Toda aquella familia sin ventura dobló la frente y prorrumpió en sollozos.

El capitán continuó:

— Quedad aquí, amigos míos; es todo lo que os puedo conceder. Os creerán del número de tantos curiosos que esperan para ver encender la hoguera; mas, por vuestro bien, os ruego que no gritéis ni hagáis demostraciones de dolor; ¡si el pueblo conociera que sois los padres y los hermanos de la doncella de Orleans, os despedazaría! ¡Dentro de esos muros tiene lugar una sacrilega farsa!... ¡Deben haber desempeñado ya más de la mitad!... Al desenlace saldrá vuestra hija para la hoguera...

Leonelo de Vendoma enjugó sus ojos con el dorso de su blanca mano; saludó con una muda inclinación á la familia d'Arc, y volviendo á cubrir su cabeza con su guerrero casco, entró en la cárcel, cuya puerta se cerró tras él.

## XX.

Volvamos ahora á la prisión de Juana, ó más bien, entremos por la primera y última vez en el oscuro y horrible calabozo en que la habían sepultado, después de haberla pasado por la sala del tormento en su interrogatorio.

Era un aposento subterráneo, sin mueble algu-

no; un poco de paja casi mojada por la humedad, servía de cama á la pobre mártir, que desde algunos días después de su prisión sufría una fiebre nerviosa que no la abandonaba un instante.

Sobre aquella paja, y clavada en la pared, había una argolla de hierro, y á ella estaba sujeta Juana por medio de una cadena delgada, pero muy fuerte, que le rodeaba el cuello.

Un poco distante se veía un pilar de piedra y en él otra argolla de hierro con otra cadena muy gruesa que ataba á Juana por la cintura.

Esta última cadena se la aflojaban por la noche, para que pudiese dormir sobre la paja.

No había ventanas en el calabozo; sólo una lám para de hierro, pequeña, mohosa y pendiente de techo, alumbraba débilmente aquel tenebroso sitio.

De vez en cuando dos enormes ratas pasaban junto á la prisionera, dando chillidos y persiguiéndose con encarnizamiento, ó algún murciélago volaba azotando las paredes de la prisión, pues era tan escasa la luz de la lámpara, que no bastaba á ahuyentarle de allí.

Retrocederemos algunas horas en la acción de esta historia, mi amada lectora, y entraremos, al rayar la luz del alba, en la prisión de Juana, el día mismo en que toda la ciudad de Roán esperaba el espectáculo de su muerte, á pesar de habérsela sentenciado cuatro días antes á pasar su vida en una prisión.

Aquellos cuatro días los había empleado el obispo Pedro de Couchón discurrendo de qué modo podía cumplir la palabra que había dado á los ingleses; esto es, de qué modo podría matar á Juana d'Arc, revistiendo su muerte con las apariencias de la legalidad.

Hallólo, por fin, y Juana notó los primeros efectos de su horrible sagacidad al despertar al amanecer del día 30 de Mayo, y hallarse casi desnuda en su calabozo.

Llamó al carcelero con voz débil, pues estaba mucho peor á causa de la humedad del suelo que, por falta de ropa, había traspasado su cuerpo.

—¿Qué queréis? le preguntó el carcelero abriendo la puerta.

—Ante todo, señor—respondió la pobre mártir con dulce y apagado acento—ante todo, que me aflojéis esta cadena que han apretado á mi cuerpo tan bárbaramente; y luégo, que me digáis por qué motivo me hallo sólo con mi túnica interior.

—En cuanto á aflojaros la cadena os daré gusto—respondió el carcelero;—pero no sucede lo mismo con vuestra segunda petición; os habréis desnudado vos medio dormida.

—Pero ¿dónde está mi ropa?—exclamó la doncella que, ya en pie y vestida con una túnica de lino que la cubría del cuello á los pies, parecía el ángel del dolor; ya sabéis, señor, que ha cuatro días que volví á tomar mi traje de mujer por man-

dato del tribunal y que no me he despojado de mis vestidos de pastora por temor de que me matase la humedad del suelo, tan débil y enferma como estoy.

—¿Sentirías, por ventura, morir? preguntó el carcelero, que, á su pesar, se interesaba por aquella amable y dulce criatura.

—No, señor,—contestó la doncella—pero la vida es de Dios y debemos consevarla hasta que se digne disponer de ella.

—Pues bien, niña—repuso el carcelero, que no pudo contener su llanto;—niña mía, sois una santa y no puedo ocultaros la verdad.

—¿Qué queréis decir?

—Anoche me mandaron que os echase un narcótico en el agua; cuando estuvisteis profundamente dormida, os desnudaron de vuestro traje, que se llevaron, dejándoos en su lugar el de guerrera.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Juana llorando y cruzando sus brazos sobre la abertura de su túnica, á través de la cual se descubría su seno virginal;—¡ay, santo Dios! ¡Pero si he prometido á mis jueces no servirme ya jamás en mi vida de ese traje!

—Es verdad, hija mía; ¡y ahí fuera hay gentes ocultas acechando como los lobos carnívoros el instante en que os le vistáis, para volver á llevaros ante los jueces y acusaros de relapsa y pertinaz!

—¿Cómo! ¿Qué decís?—exclamó Juana, cuyo

pálido y enflaquecido rostro se cubrió de carmín;—¿hay gentes viéndome... así... casi desnuda?

—Sí, sí, hija mía.

—¿Y dónde? ¡Esta prisión no tiene ventanas ni más puertas que la entrada!...

—¿Y no veis en esa puerta algunos agujeros muy pequeños?

—¡Ah! ¡Dadme, dadme, señor, ese traje!—dijo Juana con precipitación;—vos hubierais sido bueno y humano... hubierais apagado esa lámpara por vos mismo: además, sois anciano, y me parecía, al veros, ver á mi buen padre... ¡pero esas gentes que me miran, me infunden horror!... Dadme mi traje de guerra.

—¡Pero, infeliz! ¡Os perdéis! ¡El tribunal está reunido y espera este instante con ansia!

—¡Hágase la voluntad de Dios!

—¡Allí hay testigos, y un escribano que dará testimonio al instante de lo que llaman crimen!

—¿Qué remedio nos queda, señor?—repuso Juana con acento de dulce conformidad:—no he de comprar la vida á costa de mi pudor: además ¡cómo he de resistir el horrible frío de este calabozo! Podría soportarle algunas horas á lo más, pero ya que mi suerte es morir, sabré hacerlo sin cobardía y sin bajeza.

Al acabar de pronunciar estas palabras terminó de vestirse, y pasado un cuarto de hora, llamaron con fuertes golpes á la puerta del calabozo.

— Juana d'Arc—dijo la voz bronca de un ujier luégo que el carcelero hubo abierto—seguidnos á la presencia de vuestros jueces.

—Estoy pronta—dijo Juana con nobleza.

Y los siguió á la sala donde estaba el tribunal.

—Juana—dijo el conde Wervich levantándose con un aire que quería hacer majestuoso, y que era cruel y brutal;—tus jueces te condenan por haber faltado á tus promesas, por haber vuelto á vestir el traje guerrero, por relapsa é incorregible, á ser entregada al brazo seglar. Son las ocho de la mañana: se te conceden tres horas para hacer oración, y á las doce serás arrojada á las llamas.

A pesar de toda su fortaleza, Juana no contaba aún diez y nueve años y se puso á temblar; pero bajó la cabeza humildemente y siguió á sus guardias, que la condujeron á un aposento donde, dos caritativas mujeres, le pusieron un traje de mujer, de lana negra.

Después la llevaron á la capilla donde ya la esperaban dos religiosos dominicos para auxiliarla.

Dos horas y media pasó en oración: durante ellas confesó, comulgó, y oyó misa con la mayor devoción y con bastante tranquilidad.

—¿Qué tenéis, hija mía?—le preguntó uno de los religiosos, al ver deslizarse por sus pálidas mejillas algunas lágrimas;—¿qué os affige? Deberíais estar muy alegre para agradecer al Señor el que tan joven y pura os lleve á su lado.

Juana no respondió: los sollozos hinchaban su pecho.

—Miradnos como á vuestros padres, mi querida niña—añadió el otro religioso, rodeando con su brazo el flexible y gracioso talle de Juana.—¿De-seáis algo? Decidlo con franqueza, que haremos cuanto dispongáis.

—¡Mis padres!... ¡ay!... ¡mis pobres padres y mis hermanos que... muero sin verlos!...—exclamó la desgraciada redoblando su llanto.

—¡Quién sabe, hija mía! Quizá vendrán; tal vez los hallaréis en vuestro último camino.

Juana guardó silencio durante algunos instantes; luégo se levantó, extendió sus brazos hacia las ventanas de la capilla, y exclamó entre sollozos:

—¡Ah, Roán, Roán!... ¿Conque tú eres mi última morada?

La pobre criatura sentía dejar una vida que apenas había empezado á vislumbrar.

Calmóse, por fin, aquel parasismo de dolor y volvió á ponerse en oración; más, apenas la había empezado, entró el verdugo á ponerle una corozza en que había esta inscripción:

*Por hereje, relapsa, apóstata é idólatra.*

La desdichada oyó casi al instante una señal de corneta y comprendió que había llegado la hora.

—Animo, hija mía—dijo uno de los religiosos ayudándola á levantar y sosteniéndola por la dere-

cha, pues estaba tan débil que apenas podía andar.

—El cielo se abre para vos—añadió el otro; luego, volviéndose con majestad á los agentes de justicia, añadió:

—La víctima está pronta; vamos.

La comitiva se puso en marcha.

Iba primero el clero protestante de Roán con cirios encendidos.

Seguía la heroína con paso firme y marchando sola; de cuando en cuando, y al verla vacilar, uno de los religiosos la sostenía suavemente por la espalda.

El otro sacerdote tenía cuidado de enjugar con su pañuelo el helado sudor de la congoja que corría por su frente, y después frotaba sus sienes con una esponja empapada con un revulsivo tan violento, que el semblante de Juana recobraba casi al instante la serenidad y la alegría.

Juana iba fuertemente atada.

Detrás de ella marchaba una escolta de 120 hombres armados.

—Dios es bueno, grande y todo misericordioso—decía uno de los dos sacerdotes;—yo lo veo, hija mía, que os sonríe y os llama desde el cielo.

—Cuando todo nos falta en la tierra—añadió el otro religioso al pasar el umbral de la puerta—es un consuelo inefable al pensar en el padre amoroso que murió entre tormentos por salvarnos! ¡Él sólo nos ve y comprende nuestro dolor!

Juana, reanimada por estas sublimes palabras, alzó los ojos al cielo.

De repente un grito desgarrador se los hizo bajar á la tierra.

—¡Hija!...—exclamó una mujer, estrechando contra su pecho á la doncella.

—¡Madre!—respondió ésta con una alegría que tenía mucho de delirante; y tendiendo una mirada en derredor suyo, añadió:

—¡Padre mío!... ¡Hermanos de mi alma!... ¡Ah! ¡Bendito sea Dios!

Juana se vió abrazada por toda su familia, y la alegría y la calma se posesionaron de su hermoso rostro para no volverle á abandonar.

## XXI.

La fúnebre comitiva se detuvo, respetando todos los que la componían el postrer adiós que la desventurada, destinada á la hoguera, iba á dar á su familia.

—¿Cuándo habéis llegado, padres míos?—preguntó Juana, cuyo espíritu se hallaba más libre y sereno desde que vió que podía dar á su familia la última despedida.

—Esta mañana—respondió su madre, que no había cesado aún de estrecharla entre sus brazos—